

No, Alemania Federal no es nazi. Nadie puede asegurar que pueda llegar a serlo. Pero existen síntomas inquietantes.



LA ALEMANIA DEL NUEVO ADOLF

HACE falta un cierto desprecio o bastante inconsciencia para llamarse Adolf hoy día en Alemania cuando se dirige un partido de inspiración nazi. Pero Adolf von Thadden, de cuarenta y seis años, nuevo «führer» del partido N. P. D. —Nationaldemokratische Partei Deutschlands— y señor feudal prusiano de buen ver, no tiene necesidad de hacer olvidar nada: Alemania no tiene memoria, Alemania no quiere acordarse. De nada.

«Hitler, el nazismo, los crímenes de guerra, los campos de concentración, los procesos, las torturas, la Gestapo...», no queremos oír hablar de eso, ¿comprende? ¡Ya tenemos bastante! Demasiado, de ser, desde hace veintidós años, los que se señala con el dedo, los pérfidos, los malos alemanes. ¿Se piden cuentas a los soviéticos por lo que hicieron en Polonia, o a los indonesios por los centenares de miles de comunistas asesinados, o a Johnson por el Vietnam? ¡No! Pero con respecto a nosotros se continúa con la caza a los nazis, la prensa expone los procesos, se nos echa en cara cada día un fragmento de ese terrible pasado. Los únicos que tienen alguna dignidad son los que rehúsan ahora dejarse condenar aún, es decir, los del N. P. D.»

El muchacho que me grita todo esto tiene veintitrés o veinticuatro años. Es menudo, rubio, sin relieve. Uno entre tantos. Lo que me dice hoy apretando los puños, lo pensaba todo el mundo desde hace tiempo sin expresarlo. La película «¿Hitler? No le conozco» era, en realidad, «¿Hitler? No quiero conocerlo». Para evadirse de las preguntas que les torturaban, los alemanes habían elegido el amor-dormimiento, la anestesia de la opulencia, la riqueza como euforizante. «Yo he vivido mi infancia detestando a mis padres —manifiesta una estudiante muniquesa—. Yo me decía: ¡han sido nazis!, ¡no es posible! No comprendía. Después, decidí no pensar más en ello. Si no, ¿cómo vivir? Era demasiado penoso de soportar». Pero es preciso que el enfermo se recupere algún día. El momento parece haber venido. Se ha creado un nuevo clima que no será difícil que explote. En este corpachón satisfecho hay de cuando en cuando algunos sobresaltos.

Es un chófer de taxi en Hannover: «Nuestra policía no vale nada. Antes era otra cosa. Hitler era un cerdo, pero con él no había crímenes como los de ahora». En Hamburgo, ahogado en sus brumas, un amable viandante me enseña la ciudad: he aquí las casas solemnes de los grandes armadores hanseáticos, he aquí la ciudad moderna, las inmensas torres de acero y de cristal que reflejan un cielo gris: «Esta es la casa de Finlandia. Construida con "nuestro" dinero, el dinero que Alemania distribuye a no importa quién ahora». Y el puente Kennedy: «¡Ahl Kennedy, un buen mentiroso. Porque él dijo un día: "Ich bin ein Berliner" —yo soy berlinés— todos nosotros, buenos imbéciles, nos pusimos a gritar bravo y viva América. Pero los americanos no querían más que explotarnos. Todavía es tiempo de echarlos de aquí, de volver a ser alemanes».

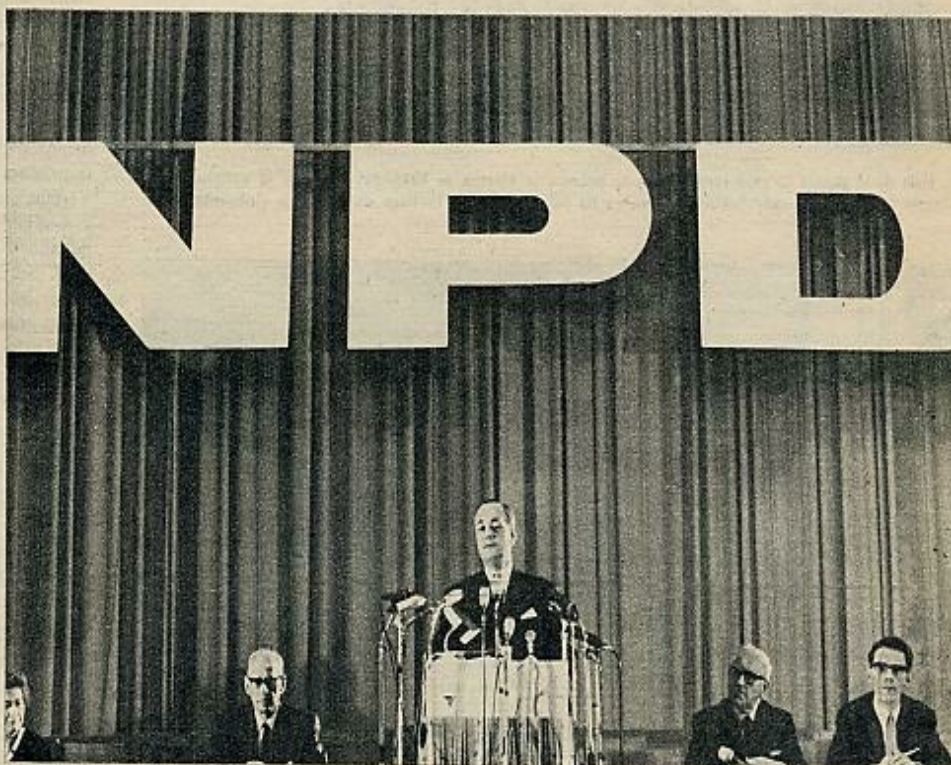
En Munich hace frío. Un hippy pasea tristemente su enorme sombrero floreado. Reprobación general. Una señora muy estirada murmura al pasar: «Ya no hay orden en este país, ni moral. Pobre Alemania, entregada a los extranjeros, ¿a dónde ves?».

En un café hojeo los periódicos: «Pralline» —cuatro millones de lectores—: «Nuestros hijos no están

protégidos, los criminales rondan entre nosotros. Escribamos todos al gobierno federal para pedir leyes más severas...». «Bild» —veinte millones de lectores—: «Ha llegado el tiempo del perdón». «Deutsche Zeitung», página 1: «La caza de los nazis continúa»; página 8: «¿Es una nación Austria?»; página 12: «Rodesia no está dispuesta a dejarse estrangular por el terrorismo negro».

De repente, olvido Munich, sus pabellones rococó pintados de rosa al fondo de los parques de otoño, la universidad, las tabernas donde la Alemania eterna se desabotona y canta, la cerveza ligera, el aire de vals, el encantador sueño barroco. «Mein Kampf»,

Lauer, de veintisiete años, rubio y sonrosado, nervioso y crispado, el miembro más joven del comité director del N. P. D., cantan todos a coro, con el mismo sentimiento, la necesidad de un «renacimiento alemán», de una «liberación de la patria alemana», de un «nacionalismo sano, despojado de las influencias extranjeras». Es preciso defender la «Volkstum» —la nación—, salvaguardar la «Blutserbe» —la herencia de la sangre—, luchar contra el «espíritu nocivo» del gobierno de Bonn. Curiosas palabras clave que hace treinta años sirvieron para tanto... A partir de esta ideología nacionalista se articula un nuevo programa, no siempre muy cla-



Von Thadden, cuarenta y cuatro años, pronunciando un discurso ante sus partidarios. Ha comenzado por reclamar las fronteras que tenía el III Reich y por reivindicar la herencia de la sangre como bandera política.

comentado e ilustrado, por veinticinco marcos en los escaparates...: se cree soñar.

Pero no. Por penosa que sea, por aberrante que parezca, tal es, sin embargo, la realidad: algunos alemanes y, sobre todo, ciertos jóvenes alemanes, conectan hoy día, en 1967, con las brumosas locuras y las sombrías fascinaciones de antaño. Para advertirlo, basta con encontrar sus nuevos líderes y escucharlos...

Adolf von Thadden, que tiene la elegancia un poco pasada de un Curt Jurgens; Siegfried Pöhlman, su adjunto, un bávaro alto y macizo que no deja nunca su cigarrillo; el doctor Huber, de Munich, un jurista rechoncho con ojillos desafiantes; Peter

ro, a menudo contradictorio, que se desarrolla sobre dos planos muy precisos. De entrada, desde el punto de vista de la política interior, lo esencial es reconciliar el pueblo consigo mismo y suprimir los conflictos de generaciones. Para llegar a esto es necesario decretar la amnistía general, hacer cesar los procesos, «que se han convertido en armas políticas y ya no tienen nada que ver con la justicia», afirma Peter Lauer. El doctor Huber añade: «Nuestros soldados han sido difamados... Se quiere juzgar a Müller. ¿Por qué? ¿Porque era jefe de la Gestapo? ¿Y qué? El puesto no crea la culpabilidad. Me pregunto qué es lo que se le podría echar en cara».



Una manifestación antinazi en Munich, la ciudad de la célebre cerveza en que fue fundado el partido de Hitler. A pesar de estas manifestaciones, los síntomas de un fortalecimiento revanchista se observan en muchos lugares de la República Federal Alemana.

Así, pues, se ha borrado el pasado. Cesan los envíos de dinero a Israel, país al que no debemos nada y que vive de Alemania desde hace veintidós años. No más «regalos a los países subdesarrollados, mientras que Alemania tiene necesidad de hospitales y escuelas». Liberación de la ayuda de América, «que nos chupa hasta la sangre». Hay que fabricar los propios armamentos. Hay que devolver a sus países de origen a todos esos extranjeros, turcos, argelinos, que violan a nuestras mujeres y asesinan a nuestros hijos. Especialmente, hay que restablecer el orden moral, dando a los jóvenes los «buenos ejemplos» que Peter Lauer enumera: «Bismarck, Rommel», etc.

«¿Lo que pretendemos? Ser ante todo alemanes», resume Herr Doktor Pöhlman.

Como una prolongación natural de este programa interior, la política exterior se desarrolla sobre dos ejes o, mejor aún, a base de dos obsesiones: la reunificación de Alemania en una Europa liberada de los dos bloques, «lo que supone que, sin dejar de luchar contra el comunismo, que es antinacionalista, tendemos el fin una mano a los soviéticos»; la recuperación del territorio nacional, tal como estaba en 1938, en el momento de los acuerdos de Munich. Al llegar a este punto me sorprendo un poco: «¿Quiere decir que reivindican ustedes las fronteras del III Reich, comprendiendo Austria, los Sudetes, la Prusia oriental?».

«Naturalmente —responde Peter Lauer—; por mi parte, no creo que exista verdaderamente una nación austríaca. Para nosotros, los austríacos son alemanes. Los mismos austríacos se sienten alemanes...».

En el otro extremo de Alemania, el doctor Huber, de la misma opinión, manifiesta: «Queremos ser los amos de nosotros mismos, de la casa alemana, que se extiende, naturalmente, hasta las fronteras de 1938. ¿Que somos poco realistas, dice usted? No, en absoluto. Sabremos esperar. Personalmente, siento mucha admiración por los israelitas, que han sabido esperar dos mil años antes de recuperar su territorio de origen. Los judíos han probado también que ellos constituían una nación. Vea usted que no somos ni racistas ni nazis...».

Racistas, nazis, neo-nazis. Evidentemente, se defienden con aspereza. Con pruebas, a juicio convincentes: en primer lugar, el nazismo fracasó y sería una locura volver a empezar. Además, el N. P. D. trata de actuar en el marco de la demo-

cracia alemana. ¡Ah! ¡La democracia! Nunca se habrá empleado tanto esta palabra en Alemania como en las oficinas del N. P. D. El gobierno de Bonn, que trata de modificar el modo de escrutinio de las elecciones de 1968 —para descartar a los partidos marginales y llegar a un bipartidismo a la inglesa— es calificado de «oligarquía de partidos». «Si hacen eso, o si nos prohíben, iremos ante el tribunal de Karlsruhe. Pese a ellos, entraremos en 1969 en el Bundestag con cincuenta diputados, y estaremos preparados para llegar al poder hacia 1973...», predice Adolf von Thadden.

¿Exagero? ¿Soy uno de esos obsesivos que ven nazis por todas partes? Los alemanes más sinceros y mejor informados tienen tendencia a creerlo. Para ellos, el N. P. D. no existe apenas. La izquierda lo ignora, por falta real de interés, por ceguera o por táctica: se espera conjurar el peligro no hablando de él. A estos reaccionarios «hay que matarlos por el silencio». Slogan cómodo, pero débiles resultados. Los intelectuales mantienen una actitud despectiva: la propaganda del N. P. D. es tan tonta, tan típicamente neo-nazi, sus argumentos son tan primarios... ¿Quién podría seguirlos o creerlos?

¿Quién? Pues todo el mundo. El alemán medio, dispuesto a quitarse de una vez su chapa de culpabilidad, demasiado pesada de soportar. Los mineros del Ruhr, que se manifestaron recientemente con cruces gamadas —y con banderas rojas, que todo hay que decirlo—. Algunos jóvenes, que me han dicho: «Este gobierno de gran coalición no es más que un informe magma sin color y sin alma, que bloquea nuestra vida política y no ofrece ninguna posibilidad de expresión. El N. P. D. es, actualmente, el único medio de expresar una oposición que sea eficaz. Se dice que son nazis. ¡Qué nos importa! Después de todo, ¿quién no ha sido nazi en Alemania? Si se proyectase su pasado, el Bundestag actual aparecería "moreno" (*). Y el propio Kiesinger...».

Últimas cifras facilitadas por el N. P. D.: treinta y cinco mil afiliados. Media de edad: cuarenta y dos años, en 1967 —la media, en 1966, era de cincuenta y un años—. Para el último trimestre, el 80 por 100 de las adhesiones recibidas proceden de jóvenes nacidos después de 1940. Composición sociológica: desde 1965, el N. P. D., según manifestaciones propias, había «hecho el pleno de sus afiliados ex nazis». 1966 y 1967, sobre todo, han

visto aparecer un nuevo reclutamiento: el de los descontentos de las clases medias. Para finales de 1967 y comienzos de 1968 se esperan cada vez más trabajadores y obreros —«Hacemos un esfuerzo particular en el Ruhr»— y también más estudiantes —«El próximo año nos convertiremos en el partido del "protest", de la protesta, e incluso disfrutaremos de la clientela de los hippies»—.

Naturalmente, es preciso matizar. No toda Alemania es «morena», y la mayoría de los alemanes, aunque anclados en las delicias de la prosperidad, no quiere más aventuras. Pero con que sobrevenga una crisis económica, se corre el riesgo de que todo se quiebre muy de prisa.

No hace mucho, en Burgdorf, se celebró una curiosa reunión, que da fe de la complejidad y del embrollo alemán. En la trastienda del café Zum Stadtwappen, 150 personas procedentes de toda Alemania acudieron para escuchar a dos representantes de la Alemania del Este. Tema de la reunión: reconocimiento de la República Democrática Alemana.

Precisos, sistemáticos, los dos oradores chocaban en sus proposiciones con un muro de pasión, de afectividad irracional. A sus argumentos respondían siempre los mismos gritos en forma de diatriba: «¿Y el "muro"? ¿Y Berlín? ¿Propaganda! ¿Volved con vuestros amos, los soviets...!». Entre estas muestras mezcladas de agresividad, algunos alemanes de izquierda se esforzaban por tender un puente. Pero en el ambiente cada vez más cargado, el pastor «rojo» de Burgdorf elevó su voz, patético: «Dejad las posiciones teóricas. Informad. Escúchenles. Traten de ver las cosas tal como son y no como continúan soñándolas...». La asamblea no escuchaba. Enrojecidos, hinchadas las venas por la cólera, los buenos comerciantes gritaban y se indignaban.

¿Dónde va Alemania? ¿Vuelve a sus fantasmas? La ascensión del N. P. D., que debe continuar aún, ¿se quedará, al fin y al cabo, en un fenómeno limitado, una ejecutoria necesaria, la garantía de un equilibrio? La izquierda alemana lo desea e intenta persuadirse de ello. Pero Alemania se mueve, va a despertarse. Cara a su desgarramiento profundo, no tendrá entonces más que una opción: o, como decía Camus, «hacer de su desesperación una borrachera, liberarse de ella erigiéndola en principio» o aprender, después de la democracia, las virtudes de la lucidez.

JOSETTE ALIA

(*) «Moreno»: albinismo de nazi.